

# Una memorable aventura

Las yemas de sus dedos rozaron suavemente el musgo del tronco en el que estaba apoyada. Todo a su alrededor le parecía mágico y una gran sonrisa le invadió el rostro al contemplar como cientos de distintos animales se acercaron a ella. Pudo divisar desde mariposas de colores inimaginables hasta seres que la contemplaban desde la lejanía. A medida que avanzaba, más y más criaturas se hicieron ver. Algunas de ellas la miraban extrañadas, otras eran lo suficientemente valientes como para acercarse a una distancia prudencial y otras muchas por el contrario, permanecían ocultas entre la espesura de aquel bosque.

No sabía dónde se encontraba, ni siquiera sabía la razón por la que seguía allí cuando lo más sensato sería irse, pero lo cierto era que aquel lugar tenía algo que le llamaba la atención. Podría ser la enorme cantidad de flores que inundaban el suelo o el sonido que hacían las hojas secas cuando sus zapatos desgastados pisaban sobre ellas. Podría ser incluso, el hecho de adentrarse en una nueva aventura, lejos de su hogar, la razón por la que su atracción a aquel bosque se hacía cada vez mayor. Lo cierto era que no estaba segura. Lo único que estaba claro es que no pensaba irse de aquel maravilloso lugar.

Estuvo tan perdida en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que, en algún momento de su trayecto, unos seres pequeños muy parecidos a hadas comenzaron a hacerle compañía. Se tomó unos segundos para contemplarlas; eran hermosas. Lo que más le llamó la atención fueron sus alas. Tan frágiles que podría derrumbarlas de un soplo pero a la vez, tan fuertes como para hacerlas levitar. Comenzaron a rodearla, desprendiendo una especie de brillos a su alrededor. Se quedó totalmente fascinada, viendo como aquellas diminutas criaturas le hacían dar vueltas bajo las ramas de aquellos enormes y frondosos árboles. Corrió, rió y saltó hasta quedarse sin aliento. Allí se sentía libre. Disfrutó de cada una de las sinfonías que aquel lugar le regalaba. Bailó bajo el último rayo de sol que quedaba antes del atardecer. Y tan sumida estaba en aquella especie de cuento mágico que, sin percatarse de ello, la noche se adueñó del cielo y pintó en él miles de estrellas.

Sus ojos ya no eran capaces de ver a todos esos seres que la acechaban ni el lugar de donde venían sus continuos sonidos y susurros. Por un momento se sintió totalmente indefensa, había perdido de vista a las hadas y a los brillos que éstas desprendían, aquellos que, en cierto modo, habían iluminado su trayecto hasta ahora. Aterrada retrocedió, dispuesta a refugiarse en algún lugar seguro lejos de aquella tenebrosa oscuridad cuando de pronto, luces de un tono celeste aparecieron a su alrededor en sintonía.

Maravillada, se acercó lentamente a ellas, y a medida que lo hizo, sus pies notaron el frío del agua mojando sus zapatos. Continuó avanzando hacia aquellas misteriosas luces cada vez más intrigada hasta que por fin logró situarse cerca de ellas. Las contempló detenidamente, se dio cuenta de que aquellos seres a los que hace unos momentos había considerado luces no eran nada más ni nada menos que fuegos fatuos. Era la primera vez que los veía. Y sin previo aviso, éstos comenzaron a moverse, todos en la misma dirección.

No pudo evitar seguirlos, dejándose guiar por aquellas llamas en mitad de la noche. Mientras trotaba detrás de ellos, el miedo y la confusión que sentía dieron lugar a la emoción. Notaba cómo su respiración se volvía más y más irregular, cómo sus mechones de pelo dorado a veces se enredaban en las ramas de los árboles, notaba sus mejillas sonrojadas, sus pies doloridos y los fuertes latidos de su corazón. Ella era consciente de todo ello, y sin embargo no le dio ni la más mínima importancia.

Pasaron los minutos y al fin, aquellos fuegos que le habían hecho de guía se detuvieron. Había estado tan concentrada en no perderlos de vista que ni se había fijado en que el paisaje a su alrededor había cambiado de nuevo drásticamente. Ya no parecía aquel bosque mágico de antes ni tampoco el bosque oscuro y tenebroso por el que se había sentido tan aterrada al llegar la noche. Ahora, sin embargo, el bosque bajo los primeros rayos de luz del día parecía un lugar acogedor.

Se obligó a seguir caminando, pero al hacerlo, se dio cuenta de que estaba totalmente desubicada. Miró a su alrededor intentando recordar el sitio por el que había venido y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que ya era prácticamente de día, lo que significaba que en pocos segundos los fuegos fatuos desaparecerían. Por suerte éstos todavía seguían a su lado, y como si le hubiesen leído el pensamiento, lentamente comenzaron a rodearla para segundos después desaparecer.

Aquella especie de despedida hizo que una solitaria lágrima rodara por su mejilla, y es que fue gracias a su luz, la razón por la que ella no se había sentido tan indefensa en la oscuridad de la noche. Se prometió que la próxima vez que los volviera a ver, les devolvería la misma calidez que ellos le habían regalado. Y una vez hecha su promesa, logró recomponerse y seguir andando.

Mientras caminaba, el sueño se fue apoderando poco a poco de ella. Hasta ese momento no había notado lo cansada que se encontraba, tenía sentido teniendo en cuenta que no había parado en ningún momento a descansar. Buscó un buen sitio en el que poder reposar por un tiempo y tras unos minutos al fin lo encontró. Un descampado de césped cubierto de flores y rodeado por anchos y largos árboles sería el lugar perfecto. Se durmió notando la dulce brisa acariciándole la cara, los rayos de sol brillando sobre ella y escuchando de fondo a los pájaros cantar.

Sonó con lugares inexplorados, con tierras lejanas y con lugares fantásticos aún sin descubrir. Estaba profundamente dormida cuando de repente, un grito hizo que se sobresaltase. Adormilada, pero con el corazón latándole a toda prisa se incorporó. Por suerte seguía siendo de día y trató de convencerse de que sólo habría sido el sonido de algún animal cercano. Un poco más tranquila decidió que seguiría explorando el bosque cuando de pronto, cientos de pájaros comenzaron a volar, todos ellos en la misma dirección, huyendo del lugar de donde antes se había escuchado aquel sonido.

Se quedó sin aliento, debatiendo qué debería hacer. Correr sería lo más lógico, pero a la vez, lo más peligroso dado que no sabía con certeza con qué otros sujetos se encontraría. No se arriesgó tampoco a acercarse a aquel sonido que le había dejado esa sensación de miedo e incertidumbre en el cuerpo. Al final decidió que se quedaría donde estaba, esperaría unos cuantos minutos y cuando su cabeza se hubiese despejado, pensaría entonces qué hacer. Temerosa por si al moverse algún monstruo aparecía, se quedó allí quieta. Cada minuto se le hizo eterno y gotas de sudor comenzaron a correr velozmente por su frente. Fue entonces cuando algo cercano a ella se movió. Escuchó las hojas de los árboles agitarse, el sonido de unos pasos acercándose y, por último, los fuertes latidos de su corazón.

Su cabeza le gritaba que corriese, que se refugiase en algún lugar seguro lejos de allí y que volviese a casa. Sin embargo, su cuerpo no le respondía. Intentó con todas sus fuerzas moverse y huir, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Estaba atrapada.

El teléfono del salón sonó en ese instante e hizo que se sobresaltase, había estado tan sumida en la lectura que había perdido la noción del tiempo por completo. Consultó su reloj y vio que dentro de poco sería la hora de cenar. Cerró el libro con tristeza, pensando en lo mucho que le gustaría a ella poder salir de su casa y vivir una historia como aquella, recorriendo aldeas inhabitadas y explorando mundos fantásticos. Llevaba ya un mes confinada y sin poder salir a la calle debido a la pandemia y deseaba con todas sus fuerzas volver a disfrutar del exterior. Agradeció infinitamente poder tener aquellos libros para leer y que cada uno de ellos le mostrase una historia distinta llena de desafíos y misterios. Miró por la ventana decidida, sabiendo que algún día cuando pudiese salir a la calle de nuevo, sería la protagonista de una memorable aventura.

FIN.